

El urbanismo frente a la nueva revolución urbana ¹

por François Ascher

De la ciudad a la metapolis, François Ascher relata la historia del urbanismo a partir de las revoluciones técnicas que propulsaron los cambios urbanos. La última gran revolución que dará paso a la tercera modernidad, corresponde a la introducción de las TICs. El autor muestra el paso del urbanismo al metaurbanismo. François Ascher es urbanista y profesor en el Instituto francés de Urbanismo.

El término urbanismo apareció en Francia a comienzos del siglo XX. Intentaba designar una disciplina nueva que tenía como objeto fundar científicamente la concepción de las ciudades. Desde el origen, la noción de urbanismo ha sido ambigua, en la medida en que ha mezclado la producción de conocimientos sobre las ciudades y las proposiciones de naturaleza normativa sobre las maneras adecuadas de realizarlas.

De hecho, si se encuentran traducciones del término “urbanismo” en muchas lenguas, estas revisten sentidos diferentes y en la mayoría de los casos, se prefiere distinguir entre lo que apunta al análisis de las ciudades y lo que trata de sus modalidades de realización. Así en inglés, se utiliza poco el término *urbanism* y su campo se descompone en *urban studies*, *urban design*, *town planning*.

Tal no es el caso en Francia, donde existe siempre una cierta confusión en la materia, confusión que refleja la diversidad de disciplinas que participan tanto en el análisis científico de las ciudades como en su concepción y producción. Sin embargo, aparecen nuevas nociones, particularmente para dar cuenta de la evolución de las prácticas profesionales en ese campo: se habla así de “disposición urbana”, de “proyecto urbano”, de “management urbano”, incluso “arquitectura urbana” o “diseño urbano”; la noción de “oficios de la ciudad” ha emergido igualmente en los últimos años, pero contribuye a reforzar las ambigüedades en la medida en que engloba también toda clase de actividades ligadas a las tentativas de recalificación de los grandes conjuntos de hábitat social.

Este origen reciente y datado de la palabra urbanismo, pero también la confusión que lo rodea actualmente, nos incita a formular un cuadro problemático para presentar el estado de los conocimientos actuales en urbanismo.

Nuestra exposición sobre las dinámicas de conocimiento y de acción en el campo del urbanismo actual se construirá alrededor de una hipótesis central: el urbanismo nació de una revolución urbana que fue el resultado y el vector de mutaciones sociales que se aceleraron a fines del siglo XIX.

Nuestra sociedad conoce actualmente nuevas y profundas mutaciones que propician una nueva revolución urbana. El urbanismo moderno, nacido de la precedente revolución, urbana se encuentra, de hecho, descolocado para hacer frente a las exigencias contemporáneas. Un nuevo urbanismo emerge que difiere profundamente del precedente tanto por sus objetivos, como por sus herramientas cognitivas y por sus instrumentos de acción. Nosotros calificamos a este nuevo urbanismo como metaurbanismo.

El urbanismo nació con la revolución urbana que acompañó a la revolución industrial.

El urbanismo como campo de conocimiento y de prácticas específicas, nació en el momento en el cual hubo que adaptar la concepción y la realización de las ciudades a las nuevas exigencias urbanas del capitalismo industrial. El urbanismo nació de una segunda revolución urbana después de aquella revolución de las ciudades clasicistas que había operado una ruptura profunda con las ciudades medievales.

Los padres fundadores del urbanismo por sus prácticas o por su pensamiento, en particular Haussmann, Cerdà, Sitte, Howard, estaban movidos, más allá de sus diferencias, por esta misma preocupación de adaptación a la

nueva sociedad que se esbozaba.

Una tecnología jugó el rol decisivo en esta revolución urbana: la electricidad. En efecto, el crecimiento de las ciudades en la segunda mitad del siglo XIX estaba trabado por los débiles resultados de los transportes urbanos. La electricidad permitía el desbloqueo de las dinámicas urbanas. El tranvía, el teléfono, el motor de explosión, el ascensor hicieron posible el crecimiento horizontal y vertical de las ciudades.

Todo dentro de las ciudades cambió según una escala, que incluyó las desigualdades sociales. El ascensor permitió a los ricos subir a los pisos superiores e hizo descender a los pobres a los pisos inferiores. El tranvía permitió la especialización funcional y social de los barrios y aceleró la formación de los suburbios obreros.

De manera más general, las ciudades de esta revolución debían maximizar las interacciones humanas, todas las tecnologías susceptibles de acrecentar las capacidades de transporte y de abastecimiento de hombres, bienes y de informaciones fueron movilizadas. Las ciudades llegaron a ser encabestramientos de redes de todo tipo (ómnibus, alcantarillas, saneamiento, gas, electricidad, agua corriente, aire comprimido para los neumáticos, recolección de residuos, etc.); estos constituyeron la base de una concepción renovada de servicios y equipamientos colectivos.

El urbanismo estuvo profundamente inspirado por las concepciones de su época, por la puesta en marcha de gestiones racionales y funcionales, y por el primado de la economía. Su expresión más extrema es ciertamente la carta del urbanismo tal como la ha rescrito Le Corbusier, y en la cual uno encuentra todos los principios y modos de pensamiento del taylorismo, el fordismo y de una cierta manera, del keynesianismo y del *welfare state*.

Así los urbanistas, más allá de los diferentes bandos urbanísticos, han utilizado una caja de herramientas absolutamente común hecha de planes directores y de planes de detalle, de zonalizaciones funcionales y de densidades, de prospectos, de ejes y de vías de circulación jerarquizadas, de estaciones, de grandes tiendas, grandes hoteles, ciudades residenciales, parques, así como de un cierto número de equipamientos más o menos utilizados precedentemente para estructurar la ciudad, el tipo de escuelas, municipalidades, hospitales, teatros, iglesias, etc.

Esos objetos y útiles son aún los que utilizan y manipulan los urbanistas hoy. Pero están más y más adaptados a las exigencias y a los contextos actuales pues nuestra sociedad conoce las mutaciones profundas que auguran una nueva revolución urbana. Y de hecho, emergen desde ahora nuevas concepciones de ciudades y de acción sobre las mismas.

Las mutaciones actuales de una sociedad auguran una nueva revolución urbana

La movilización de las tecnologías de la información y de la comunicación “por la sociedad reflexiva”.

La sociedad conoce hoy nuevas, rápidas y profundas transformaciones, tanto económicas como sociales, tecnológicas, culturales y espaciales. Los analistas, cada vez más numerosos, consideran que entramos en un nuevo tipo de economía capitalista, aquella en la cual la información juega un rol cuantitativo y cualitativamente renovado. Los cualitativos no faltan: sociedad de la información, New Age, e-economía. Ciertamente, estamos embriagados por los frágiles éxitos de los valores bursátiles de la nueva economía. Pero, más allá de estos aspectos espectaculares, parece que se instalan en toda la sociedad, más lenta y seguramente, las nuevas formas de pensar, para las cuales las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (TIC) en general, e Internet en particular, se revelan como el brazo de unas palancas extraordinariamente poderosas.

Pero las TICs no producen los cambios por sí solas; ellas los hacen posibles, los aceleran, les dan forma. Dado que ellas son ante todo, las expresiones y las herramientas de la sociedad reflexiva en la cual estamos hoy instalados. La reflexividad es probablemente uno de los conceptos claves para calificar las mutaciones contemporáneas. El sociólogo inglés Anthony Giddens la definió así: “la reflexividad de la vida social moderna,

es el examen y revisión constante de las prácticas sociales, a la luz de las informaciones concernientes a las prácticas mismas”. La reflexividad es de cualquier manera un estado avanzado del proceso de racionalización puesto en evidencia por Max Weber. De hecho, numerosos autores califican el período contemporáneo no de posmodernidad, puesto que siempre estamos en la modernidad, sino más bien de sobre-modernidad, de modernidad avanzada, de hipermodernidad, incluso de Baja Modernidad como se habla de la Alta y Baja Edad Media.

Es pues la dinámica reflexiva, esencial en nuestra sociedad, que acentuando el rol de los conocimientos y de la información, moviliza las posibilidades que abren las NTICs (nuevas tecnologías de información y comunicación). La novedad radical de esas tecnologías respecto de las que las precedieron reside probablemente en la numerización. Gracias a ella, la producción, la circulación y utilización de conocimientos producen las ganancias extraordinarias que conocen los sectores de la informática y las comunicaciones. Buen número de esas tecnologías converge hoy día alrededor de Internet haciendo una suerte de medio de los medios, que abarca a la televisión, el teléfono, el texto, las imágenes y los datos.

Otras tecnologías conocen igualmente desarrollos mayores, tanto cuantitativos como cualitativos, y son hoy día también movilizadas por la sociedad. Pero las NTICs tienen como especificidad el haberse transformado en “genéricas”, es decir, han dejado de constituir un sector específico y han penetrado en todos los dominios de las ciencias y las técnicas, de la producción y el consumo. Están, por ejemplo, en el centro de las biotecnologías, del estudio del genoma, de los estudios cognitivos, de los transportes, etc. En este sentido particular, podemos hacer con las TICs un paralelo con el lugar que tuvo la electricidad en la revolución industrial, social y urbana precedente. En efecto, la electricidad había penetrado igualmente en todas las actividades de la producción y de la vida cotidiana y participado directamente en sus transformaciones. Ocurre lo mismo actualmente con las TICs cuya importancia social va más allá de su peso económico aún relativamente modesto en el PBI de los países desarrollados.

Las manifestaciones de una nueva revolución urbana son ya numerosas.

El desarrollo de las ciudades, es decir, la concentración espacial de las poblaciones, está desde los orígenes, ligada a la búsqueda de una maximización de las interacciones humanas, cualesquiera sean las funciones dominantes, religiosas, militares, económicas. Los procesos de urbanización han movilizado toda clase de técnicas de transporte y de abastecimiento de hombres, de bienes y de información. La escritura, la rueda, la imprenta, el ferrocarril, el telégrafo, el hormigón armado, la esterilización por calor, la pasteurización y la refrigeración, y más recientemente el tranvía, el ascensor, el teléfono, el automóvil, la radiofonía han acompañado las dinámicas de crecimiento y transformación de las ciudades y han interactuado con ellas.

En la dinámica del desarrollo actual, la sociedad urbana se apoderó nuevamente, con un cierto frenesí, de las nuevas tecnologías, produciendo toda clase de nuevos objetos técnicos y de nuevas prácticas sociales y económicas. Los cambios han sido particularmente rápidos estos últimos treinta años con la difusión masiva de instrumentos y de técnicas que se han transformado en casi tradicionales. Las tasas de equipamiento del hogar han pegado un salto: se han multiplicado por dos en el caso del automóvil, por tres en el caso del teléfono, por cuatro en los congeladores, por cinco en los equipos de audio, los CD, las fotocopiadoras, los TGV (tren de alta velocidad), los aviones de gran porte. Y mientras tanto se difunden los teléfonos celulares, las computadoras, Internet, el uso de satélites para las transmisiones individuales, etc.

Todos esos “objetos” participan directamente de las mutaciones urbanas. Sin embargo, frecuentemente subestimamos la dimensión urbana de esos diversos objetos. Pero al igual que el refrigerador que ha interactuado profundamente con la suburbanización y el desarrollo de los centros comerciales periféricos, todos los nuevos objetos, que incluyen la dupla refrigerador-horno a microondas, participan de la transformación de las ciudades y las prácticas urbanas. De hecho, ya habíamos cambiado ampliamente las ciudades: la mayoría de la población urbana no vive en aglomeraciones densas y continuas, sino en “metapolis”, es decir territorios urbanos distendidos, discontinuos, heterogéneos y multipolares. Ya no hay límites netos entre la ciudad y el campo; nuevos tipos de lugares y centralizaciones aparecen en las periferias, centros comerciales, villas

aéreas, polos tecnológicos, plataformas logísticas; los espacios públicos y privados se recomponen en las nuevas configuraciones en todas las escalas, desde el interior de la vivienda que se abre al mundo por la introducción de las nuevas tecnologías de comunicación, hasta los espacios exteriores que están fuertemente marcados por las lógicas privativas.

Este nuevo tipo de formas y de estructuras urbanas marca la evolución tanto de las metrópolis más importantes como de las ciudades medianas donde uno se desplaza cotidianamente por distancias más importantes. Esas llamadas ciudades medianas no constituyen núcleos de resistencia a la modernidad urbana, contrariamente a la imaginería de las pequeñas ciudades con cara humana, ellas se inscriben en esas grandes conmociones territoriales y sociales.

De igual manera, los barrios pierden buena parte de sus funciones tradicionales. Es cada vez más raro que los vecinos sean también padres, amigos de infancia, colegas o que concurren al mismo templo religioso; los comercios próximos no aseguran las funciones comerciales. La mayor parte de los habitantes de la ciudad viven cotidianamente según la escala de las aglomeraciones urbanas extendidas: habitan en una comuna, trabajan en una segunda, se divierten en una tercera, se aprovisionan en una cuarta...

Pero esta revolución recién comienza.

Los cambios, aunque importantes, no los son menos en sus comienzos. Las tendencias fuertes están, en efecto, en marcha y todo hace pensar que los cambios van a ampliarse. Creemos que cinco evoluciones mayores deben distinguirse desde el punto de vista urbano: la persecución de principios de metropolización, la transformación de los sistemas urbanos de movilización de hombres, bienes e informaciones, el desarrollo del dominio individual del espacio-tiempo de los habitantes de la ciudad, la emergencia de la solidaridad urbana y la cristalización urbana de la sociedad de riesgo.

1. La metropolización: un cambio de escalas y formas

Podemos definir la metropolización como la prosecución de la concentración de riquezas humanas y materiales en las ciudades más importantes. Es un proceso comprobado en todos los países desarrollados, aún cuando pueda tener formas diversas que dependen de las especificidades regionales y nacionales.

La metropolización está ligada a la globalización y resulta de la profundización de la división del trabajo a escala mundial. Como tal, es difícilmente “contestable”; pero sus formas no deben ser dejadas al mero juego del mercado. Así, el futuro de las ciudades pequeñas y medianas pasa probablemente más por mejores conexiones con el sistema urbano metropolitano, que por una competencia, imposible para ellas, con las grandes aglomeraciones. Tienden a dejar de lado sus especificidades para hacerse un lugar en el nuevo sistema urbano.

La metropolización como la globalización induce a un doble proceso de homogeneización y de diferenciación: homogeneización, porque se tiende a reencontrar los mismos actores económicos o el mismo tipo de actores económicos en todos los países y en todas las ciudades; diferenciación, porque esos actores son actores capaces de adaptarse a las circunstancias locales del momento. Es esta doble dinámica de homogeneización y diferenciación que constituye el cuadro de las políticas del desarrollo local y que abre un espacio de debate y de transacciones entre los actores multinacionales y locales. La globalización “despierta” así lo local, a la vez porque lo confronta y porque vive en él. Y son, en última instancia, las diferencias entre los territorios que movilizan a los hombres, los bienes, los capitales, las informaciones.

2. La transformación del sistema de movilizaciones urbanas

La globalización se nutre de la tecnología de transporte y de la comunicación, y acelera el crecimiento de ellos. Y a pesar de lo que se ha temido o esperado de unos y otros, estas tecnologías no conducen hacia la

concentración metropolitana, por el contrario las NTICs y los transportes rápidos modifican las movilizaciones y las localizaciones de las personas, los bienes y las informaciones. Al devenir más indispensables para la vida urbana que otras redes, ellas marcan con sus huellas la evolución de las ciudades. Mañana, ellas serán tan necesarias y estarán tan diseminadas como las redes de saneamiento y uno no elegirá una localización en función de ellos.

Al contrario, la accesibilidad física, la posibilidad de un encuentro directo, cara a cara, serán más que nunca las verdaderas riquezas de los lugares de vida y de trabajo. Hoy día se ve bien como lo que no es telecomunicable o digital, tiene más valor en la vida económica como en la vida social. El actual aumento de los precios de las oficinas en los centros urbanos, da cuenta del atractivo residencial de las zonas centrales de las ciudades, incluso en América del Norte.

El desarrollo de los medios de masa en general y del comercio electrónico en particular da, igualmente y de manera paradójica, cada vez más valor a lo que no se mediatiza, banalizando a lo que se mediatiza. El boom de las actividades deportivas y la extensión de los pasatiempos, el crecimiento de las movilizaciones ligadas a los encuentros familiares y de amigos, la importancia que tienen los grandes acontecimientos son índices de la importancia renovada del cara a cara y de las experiencias directas en la vida urbana. No nos dirigimos probablemente hacia una ciudad virtual, inmóvil e introvertida, sino hacia una ciudad móvil, telecomunicada y sensible, hecha de nuevas decisiones y de recomposiciones entre desplazamientos, telecomunicaciones y repartos, animada por acontecimientos que exigen la copresencia, y en los cuales la calidad del lugar movilizará todos los sentidos, incluyendo, el tacto, el gusto, el olfato.

Los promotores de centros comerciales y los grandes distribuidores asimilan poco a poco la medida de esta dinámica urbana y de los nuevos resortes de la movilidad física. El comercio-pasatiempo, capaz de atraer físicamente a los consumidores, aparece en efecto como corolario del comercio electrónico. La experiencia sensorial y el acontecimiento son así las claves de las futuras polaridades comerciales.

3. El desarrollo del dominio individual del espacio-tiempo de los ciudadanos

El individuo está cada vez más en el centro de la vida social, de sus prácticas y de sus representaciones. Esta evolución está en marcha desde el Renacimiento, como ejemplo, con la invención de la perspectiva. Más generalmente, podemos hablar de un proceso de “individualización”, es decir, de una autonomía creciente de los individuos y de una apropiación individual cada vez más marcada del espacio y del tiempo. Esta individualización ha participado en la transformación de las prácticas, los lugares y los objetos.

Así, las divisiones entre lugares públicos y lugares privados, que caracterizan a la ciudad moderna son el resultado en gran parte de la redefinición de los lazos entre individuo, comunidad y sociedad. Un objeto como el reloj de pulsera es también de una cierta manera el resultado de este proceso que se inventa con un “equipamiento colectivo”, el reloj de atalaya o campanario, y que tiene como fin la muñeca de cada individuo después de haber pasado por el equipamiento de los lugares, a saber, los relojes en el hogar y en la empresa.

Esta dinámica de individualización prosigue con un vigor renovado, movilizándolo notablemente las NTICs. Así, los ciudadanos se apropian o crean objetos y útiles que les permiten adaptarse a la vida urbana contemporánea, marcada por una flexibilidad amplia de los horarios de trabajo, por una autonomía creciente de los miembros de una misma familia, por la multiplicación de microeventos que alteran la rutina cotidiana y obligan, sin cesar, a elegir o adaptarse a las situaciones. Esta evolución se expresa, por ejemplo, de manera muy neta en las movilizaciones urbanas: los desplazamientos individuales son en efecto, hoy más irregulares, obligan a los miembros de una misma familia a una multiplicidad de decisiones cambiantes, sea de elección de itinerario, modos empleados, horario extra: ¿quién se lleva el coche?, ¿quién busca a los niños?, ¿quién hace un paréntesis al volver del trabajo para buscar tal cosa o a tal persona?, ¿quién hace las compras, etc.?

En contraposición, esas nuevas herramientas individualizadas contribuyen activamente a las evoluciones de quienes en un primer momento las enfrentaron. Así el automóvil, el teléfono celular, la notebook asociada a Internet y sus servicios anexos permiten una mayor disponibilidad individual de los espacios y los tiempos.

Otros instrumentos contribuyen igualmente a la desincronización y resincronización de la vida urbana, como por ejemplo, la pareja que forman los productos congelados y el horno de microondas, o también los contestadores telefónicos y los grabadores.

Toda la sociedad tiende hacia esta individualización. Esta no implica, sin embargo, una independencia del individuo en sociedad; al contrario, coloca igualmente a cada individuo en una dependencia creciente respecto de los sistemas técnicos cada vez más elaborados y socializados. Los actos cotidianos menores dependen de dispositivos complejos y generalmente mercantiles. Estos sirven también de puntos de apoyo para las desigualdades sociales, incluso las aumentan al crear nuevas desventajas. Las dificultades culturales de ciertos grupos sociales o demográficos para utilizar esas herramientas son también factores de desigualdad.

Esta individualización entraña diferenciaciones cada vez más importantes en los modos de vida, tendiendo a singularizar la existencia de cada uno. Esto complica la tarea de los productores de bienes y servicios, las segmentaciones de los mercados tradicionales deben ser más numerosos y más cambiantes para ser operativos. El desarrollo del marketing en *one to one* y la producción bajo pedido, son tentativas de respuesta a la demanda de productos más individualizados. Los servicios no escapan a la personalización y a la exigencia de reacción en tiempo real a los requisitos de los consumidores.

Esta evolución general tiene repercusiones sobre la concepción de los servicios públicos urbanos. Las exigencias de eficacia y de equidad reclaman, en efecto, que los servicios públicos sean capaces de tener en cuenta la diversidad y las variaciones de las necesidades de los habitantes de la ciudad, se trata del horario de apertura de los servicios públicos, de las prestaciones en materia del cuidado de los niños o de los transportes públicos. No es posible, por ejemplo, concebir el transporte público solamente según el modo industrial “repetitivo y de masa”, es decir, “ofrecer” el mismo desplazamiento para todo el mundo y al mismo tiempo. También los poderes públicos deben permitir a los ciudadanos, de toda edad, desplazarse por todos lados y a toda hora, para acceder al mercado del empleo, a los equipamientos públicos, a la cultura, a los pasatiempos, a la salud, etc. Se necesitan no sólo tranvías y buses, sino microbuses, vehículos con recorrido preestablecido, taxis colectivos y transportes bajo demanda, taxis clásicos, bicisendas, etc.

4. La emergencia de una solidaridad urbana y reflexiva

Mucho se habla hoy día de la crisis urbana y la ruptura de los lazos sociales. Pero es necesario distinguir dos fenómenos. El primero es que efectivamente no hay desaparición de los lazos sociales sino la transformación de los mismos. En efecto, la sociedad pasa progresivamente de un tejido social hecho de lazos poco numerosos, no elegidos, pero duraderos y sólidos, a un tejido social hecho de lazos débiles, frágiles pero renovables, poco numerosos y elegidos en mayor medida por los individuos. Ese nuevo tejido social no es quizás menos sólido que el precedente, pero su solidez tiende más a la flexibilidad que al espesor de sus fibras. Es erróneo, entonces, considerar la desaparición del antiguo tejido como la disolución de la sociedad. Al contrario, asistimos a la emergencia de un segundo tipo de problemas ligados al desarrollo de nuevas formas de segregación social. Estas son producidas por tres tipos de factores. En primer lugar, hay una tendencia a la formación de ghettos de pobres en los cuales son reagrupados por diferentes mecanismos económicos, sociales y políticos, incluso rechazados por las mutaciones sociotecnológicas que acabamos de evocar. En Francia, del 10 al 15% de la población urbana habita en barrios cuya pobreza, enclave e inseguridad agravan las desventajas socioeconómicas.

En segundo lugar, se observa el desarrollo de dinámicas de localización residencial “electivas” que reúnen a las poblaciones más acomodadas que se consideran semejantes por sus ingresos o por modos de vida. El peligro es real y asistimos a un agravamiento de la segregación social, incluso a tendencias “secesionistas” como lo muestra Mike Davis en una obra remarcable sobre las dinámicas urbanas en Los Ángeles y la formación de los *gated communities*. Esas dinámicas secesionistas se desarrollan marcadamente bajo el pretexto de la preservación de una vida barrial armoniosa. Estas tendencias a la fragmentación social y al cierre del espacio son acompañadas por la tentación de ruptura del pacto social y los lazos de solidaridad local y nacional.

Ese movimiento se acompaña aquí o allá, en particular en los Estados Unidos, de un rechazo cada vez más explícito de pagar los impuestos locales con el pretexto de que los barrios pueden progresivamente convertirse en autosuficientes.

No nos encontramos en esta situación en Francia, incluso si podemos tener algunas inquietudes sobre la polarización que se ejerce en las extremidades sociales de nuestra sociedad, con un cierto número de grandes conjuntos que continúan degradándose, y con los “barrios bellos” o las bellas comunidades que se “protegen” de manera inquietante. El debate que tuvo lugar en el Parlamento esta primavera sobre el proyecto de ley “solidaridad y renovación urbana” ilustra perfectamente el peligro.

Finalmente, un tercer proceso participa de alguna manera de la segregación social: se trata del crecimiento de las velocidades de desplazamiento. Una misma “fuerza segregativa” diferencia socialmente el espacio a nivel del hábitat en una ciudad en la cual uno se desplaza a pie a 6 Km./h., de los barrios de una ciudad en la cual uno se desplaza en ómnibus o en tranvía a 20 Km./h, y el ámbito municipal de las ciudades en las cuales uno se desplaza en automóvil a 50 Km./h. De hecho, el crecimiento de la velocidad de desplazamiento nos obliga a pensar en nuevos términos las cuestiones mixtura y de diversidad social en las ciudades contemporáneas.

En ese contexto emerge un nuevo tipo de solidaridad urbana. En efecto, incluso para las poblaciones de las *gated communities*, la fragmentación de las ciudades deviene invivible: de una parte, porque no pueden encontrar en el interior de esas microciudades todos los equipamientos y servicios metropolitanos de los que tienen necesidad; de otra parte, porque el desarrollo local en una economía urbana cada vez más competitivo, exige también cierto nivel de paz y de cohesión social. Emerge así la necesidad de una solidaridad urbana territorializada que hace aparecer nuevas formas de *welfare* local. Pero esta solidaridad es también diferente de aquella del período precedente, en el hecho de que resulte cada vez menos de una copresencia en un mismo barrio, y sea fruto cada vez más de una conciencia de los intereses colectivos de los habitantes de una misma aglomeración. Es una solidaridad de tipo “reflexiva” que con Francis Godard, proponemos llamar la “tercera solidaridad” para inscribirla como prolongación de dos formas de solidaridad, mecánica y orgánica, distinguidas por Émile Durkheim.

5. La cristalización urbana de la sociedad de riesgo

Esta solidaridad reflexiva es igualmente necesaria para enfrentar al ascenso de lo que el sociólogo alemán Ulrich Beck calificó de sociedad de riesgo. El ascenso de las incertidumbres es un fenómeno central en nuestra sociedad. Las inquietudes de la población frente a la inseguridad y a la violencia urbana, la atención creciente respecto de las cuestiones del medioambiente, el éxito de las problemáticas de desarrollo durable, el lugar que tienen los problemas sanitarios y alimentarios son también manifestación del lugar que la noción de riesgo adquirió en nuestra sociedad. Ahora bien, casi paradójicamente, el desarrollo de los conocimientos y de los acercamientos científicos participa del crecimiento de los riesgos. Estos existen únicamente porque se los puede imaginar, representar e intentar evitarlos. El camembert elaborado con leche cruda se transformó en un *serial killer* después que se identificó la listeria. Sin embargo mata menos que antaño, puesto que la higiene ha progresado bastante en la industria alimenticia, pero se dice aún hoy que puede matar. La relación con la naturaleza experimenta también una mutación radical. Actualmente, lo que se considera “naturaleza” es vivido como una cosa incluida en lo social que marca decisiones. Este hecho no hace más que acrecentar la incertidumbre: el futuro se parece menos que nunca al pasado y se convierte de alguna manera en algo amenazante. En el contexto de la sociedad de riesgo, los individuos como actores sociales y económicos están cada vez más a la búsqueda de todo lo que pueda asegurar, tranquilizar, reasegurar y producir confianza. Es uno de los mayores desafíos de la solidaridad reflexiva. Y es un elemento determinante en el contexto en el cual los poderes públicos, los responsables políticos, los urbanistas y los organizadores de territorio tendrán que elaborar y poner en marcha ese nuevo urbanismo que llamamos metaurbanismo.

Del urbanismo moderno al metaurbanismo

La necesidad de nuevas aproximaciones al urbanismo.

Las dinámicas que acabamos de mencionar están de aquí en adelante profundamente ensambladas. Estas son de una envergadura semejante a aquellas que han transformado las ciudades hace más de un siglo y que han dado origen al urbanismo, a sus categorías de análisis y a sus instrumentos de acción. Por lo tanto, nuestros proyectos, nuestros conceptos, nuestras herramientas actuales datan en su mayoría de esa época o de las concepciones que derivan de ellas. Es probable así que los conceptos de continuidad, de homogeneidad, de distancia, de proximidad, de conexión, de funciones, en el origen de las ciudades y el urbanismo contemporáneo tienen que ser repensados de otra manera, al igual que las nociones de frontera o de transición entre lo privado y lo público, entre lo íntimo y lo social, entre los intereses locales o comunitarios y el interés general. Las nociones de límite, de espacio propio y de espacio del otro también se modificaron. De igual modo, nosotros nos confrontamos por la aparición, incluso la proliferación, más o menos espontánea de toda suerte de nuevas obras u objetos urbanos, que van desde la multiplicidad de plataformas logísticas pasando por los hipercentros comerciantes, los parques temáticos, los centros de la ciudad convertidos en museos, las aerociudades, los *hubs* y otros nudos de interconexión, etc.

De hecho, en numerosos países, las evoluciones importantes del urbanismo están entrelazadas. Estas no tienen generalmente por objeto hacer tabla rasa de todos los conceptos del urbanismo tradicional, ni de las ciudades que hemos heredado. Igualmente participan algunas veces de la actualización de este mito relativamente nuevo de la “ciudad europea”, el cual pone en evidencia toda suerte de temores o de resistencia frente a ciertas evoluciones. Pero, esto no da prueba de nostalgia o conservadurismo o de una cultura vulgar íntimamente ligada a la ciudad del siglo XIX que ha inventado, entre otras cosas, los bulevares, las estaciones, los grandes almacenes, sino también a los múltiples legados de la ciudad clásica y de la ciudad medieval y, por otra parte, a ciertas herencias de calidad del urbanismo moderno a los que se tiende hoy a tratar algunas veces como de chivo emisario.

Pero la apuesta principal de este nuevo urbanismo emergente es el intento de concebir los desarrollos urbanos y las reasignaciones de uso de modo tal que las ciudades se inscriban en las dinámicas de evolución de la sociedad contemporánea y participen de ellas.

Estas son las nuevas tendencias que comienzan a modificar los modos de análisis, la concepción de realización y de gestión que me voy a esforzar en presentar. Lo haré de manera inevitablemente esquemática por lo que pido que me excusen.

De la modernidad simple a la “modernidad avanzada”: la emergencia de un metaurbanismo.

Los modos de pensar y de hacer del urbanismo han empezado a evolucionar y se transformarán aún más en los años venideros bajo una doble presión: por una parte, porque las concepciones de la ciudad y los métodos de acción urbana no escapan a un contexto científico, ideológico y cultural más general, el cual define los marcos y los paradigmas de la producción de los conocimientos y de la acción.

El urbanismo tal como se ha desarrollado después de la segunda mitad del siglo XIX se ha inscripto claramente en esta “segunda modernidad” que ha sucedido a los primeros tiempos modernos y que había dado nacimiento al Taylorismo, al Fordismo, al Keynesianismo, al “Corbuseísmo”. Hoy, entramos probablemente en una tercera modernidad que va a modificar considerablemente los marcos de pensamiento y de la acción, que pone a la orden del día nociones tales como la flexibilidad y la reactividad, la complejidad y la variedad, la negociación y la coordinación, y que entraña cambios tanto en la concepción de la acción pública como en las formas de la organización económica y social.

La apuesta actual para la concepción, la producción y la gestión de ciudades consiste en responder a las nuevas

necesidades desarrollando conceptos y herramientas renovadas. Tengo la sensación de que se puede calificar de metaurbanismo a este nuevo urbanismo que emerge hoy en el sentido de un urbanismo que viene después del urbanismo moderno, que pretende ir más allá de sus modos de análisis, de representación y de acción y que, a título de, se esfuerza por actuar de un modo más estructural.

Este metaurbanismo se distingue del urbanismo por una serie de caracteres que voy a bosquejar a grandes trazos.

1. De la planificación urbana al manejo estratégico urbano

El urbanismo moderno definía y dibujaba las grandes líneas de un proyecto de ciudad a largo plazo (por ejemplo, bajo la forma de esquemas directivos), luego, deducía un plan de urbanismo tendiente a introducir las realidades venideras en un marco predefinido. El plan era el medio para reducir la incertidumbre.

El metaurbanismo define los proyectos de una ciudad, se esfuerza por hacerlos coherentes, elabora una gestión estratégica para ponerlos en marcha, y tiene en cuenta en la práctica los eventos que sobrevienen, las evoluciones que se esbozan, las mutaciones que se presentan, para revisar, si es necesario, objetivos o medios de realización. El manejo estratégico es un procedimiento no sólo para reducir las incertidumbres, lo que sería ilusorio en una sociedad abierta y en mutación, sino para hacer “con” las incertidumbres.

2. De reglas de exigencia a reglas performativas

El urbanismo moderno definía los medios para realizar el proyecto de ciudad por medio de reglas simples y lo más durable posible: zonalizaciones, densidades, alturas, etc. Las reglas eran de naturaleza exigente.

El metaurbanismo privilegia los objetivos a alcanzar y estimula a los actores públicos y privados a encontrar las modalidades de realización de esos objetivos más activos para la colectividad y para el conjunto de los participantes. Esto obliga a nuevos tipos de formulación de calidad urbana, de accesibilidad a los equipamientos y a los servicios públicos, de normas a alcanzar, de características formales. Los planes de un urbanismo llamado “cualitativo” se inscriben en estas nuevas perspectivas, la de las reglas que privilegian los resultados más que los medios, incluso desde el punto de vista arquitectónico y paisajístico.

3. De la especialización espacial a la complejidad

El urbanismo moderno, muy marcado por el pensamiento taylorista y fordista, busca el resultado en la especialización y la simplificación de funciones urbanas, y en su asignación de los espacios destinados.

El metaurbanismo, influido por los nuevos modelos de productividad y gestión, tiende más a simplificar las realidades complicadas y se esfuerza ante todo por jugar con los territorios y las funciones complejas. El resultado, incluso la durabilidad, se obtiene más por la variedad, flexibilidad, la reactividad.

4. Del equipamiento colectivo a los equipamientos y servicios individualizados

El urbanismo moderno privilegiaba las respuestas permanentes, colectivas y bastante homogéneas a las necesidades y demandas de hábitat, de urbanismo, de transporte, de ocio. La producción en masa repetitiva en estos dominios permitía amortiguar los equipamientos fijos y costosos. Por ejemplo, el transporte colectivo pesado era posible –y sigue siendo posible- cuando muchas personas hacen regularmente el mismo trayecto al mismo tiempo y de la misma manera.

Pero, el metaurbanismo debe hacer frente a necesidades cada vez más variadas y cambiantes. No puede escapar de un modo duradero de los procesos de individualización que marca la evolución de nuestras sociedades después de varios siglos y que tienden a acelerarse hoy día. Del mismo modo, los servicios públicos son

confrontados por una variedad muy grande de necesidades y de prácticas. El metaurbanismo debe pues integrar a sus proyectos lo que en marketing se denomina *one to one*. Esta evolución no es nueva: el equipamiento colectivo del baño y la ducha se transformó en cuarto de baño, el equipamiento colectivo y servicio público del reloj y de las campanas devinieron relojes de pulsera, del mismo modo el teléfono pasó del equipamiento colectivo al equipamiento de lugares individuales, y con el teléfono móvil, al equipamiento de la persona.

El metaurbanismo no es por tanto un retroceso de la socialización ni de las organizaciones y regulaciones colectivas. Al contrario. Todos estos equipamientos y servicios nuevos, si bien se dirigen a los individuos, ponen en acción dispositivos colectivos cada vez más complejos y costosos. El teléfono móvil necesita una considerable división en red del territorio. La regulación de la circulación y la gestión del transporte público de buses se apoya hoy en la localización de vehículos por satélite. Y se asiste actualmente a una carrera de velocidad entre todas las redes susceptibles de transportar informaciones y de transportar teleservicios; las inversiones urbanas en la materia son y serán considerables.

Los equipamientos y servicios tradicionales no desaparecen, de los museos a los tranvías, pasando por los locales universitarios o los estadios. Pero, en una sociedad más móvil y más telecomunicante, y en las ciudades extendidas, la concepción y la localización de estos equipamientos se modifican sensiblemente.

5. De la división público-privado a la intrincación público-público

El urbanismo moderno ha desarrollado la ciudad sobre la base de una división dominante atribuyendo a lo “público” la responsabilidad de los espacios exteriores, las grandes infraestructuras y los equipamientos colectivos, y a lo privado, las superestructuras. Los límites y definiciones de lo público y lo privado tiene ciertas diferencias de un país a otro, pero es globalmente este mismo modelo el que ha estructurado las ciudades.

El metaurbanismo se enfrenta a la dificultad de este modelo. Un número creciente de infraestructuras y de equipamientos entrecruza las intervenciones públicas y privadas: es el famoso “PPP” (*partenariat public-privé* / sociedad mixta). Los estatutos jurídicos y las prácticas de espacio son cada vez menos homogéneos, y no respetan más las distinciones interior / exterior, infraestructura / superestructura y equipamiento / servicio. Las nuevas tecnologías participan de estas recomposiciones: ellas permiten, por ejemplo, disociar la producción, el transporte y la distribución de diversos fluidos (agua, electricidad, teléfono) zanjando en el contexto neoliberal actual, las bases antiguas de modalidades de ejercicio de los servicios públicos, ellas hacen posible la modificación de peajes y por la evolución de la concepción y de financiamiento de infraestructura; en fin, por Internet, ellas crean nuevos tipos de espacios públicos que penetran en el seno de los hogares y de las empresas.

6. Del interés general sustancial al interés general procedimental

El urbanismo moderno está construido sobre las concepciones sustanciales del interés general (sobre todo en la Europa del Sur) y del interés común (en la Europa del Norte). Es necesario entender por esta razón que las regulaciones colectivas, los planos con sus obligaciones y sus impedimentos, las realizaciones públicas, las excepciones del derecho de usar libremente de su propiedad (servidumbres, expropiaciones) estaban justificadas por un interés colectivo superior a los intereses individuales (los trascienden por el interés general, o resultan de su aglomeración para el interés común).

El metaurbanismo se enfrenta a una diversidad mutante de intereses y por una complejidad de apuestas no reducibles a un interés colectivo único. Los políticos electos de una localidad, el Estado, los urbanistas y los expertos de toda especie, pueden cada vez menos pretender fundar sus acciones y sus proposiciones sobre un interés general o un “objetivo” común. Menos aún cuando el desarrollo de las ciencias y de las técnicas pone en evidencia las complejidades irreductibles, allí donde otras veces los expertos no veían más que complicaciones a simplificar. La calificación de “general” o de “común” atribuida a un interés depende de

hecho cada vez más de un proceso que conduce a su formulación y a la captación de su carácter general o común. Los procedimientos de identificación de problemas, de negociación de sus términos, adquieren una importancia creciente y decisiva, y modifican la naturaleza de la intervención de los expertos y las tareas técnico-científicas de los urbanistas. Pero la construcción de soluciones se inscribe igualmente en procesos de negociación cada vez más complejos e iterativos. Esta evolución modifica muy sensiblemente los lugares, las modalidades y los contenidos de las prácticas profesionales de la disposición y del urbanismo.

7. De las regulaciones organizadoras a las regulaciones coordinadoras

El urbanismo moderno se esforzaba por encontrar las soluciones a diversos problemas urbanos, técnicos, espaciales, sociales, económicos. Definía las regulaciones indispensables para el funcionamiento y desarrollos espaciales. Organizaba la ciudad, los transportes, el alojamiento social, etc.

El metaurbanismo se esfuerza ante todo por poner en marcha las maneras de elaborar y de negociar las soluciones. Por regular el funcionamiento y el desarrollo de las ciudades, privilegia en todos los campos, técnicos, económicos, sociales y espaciales, la coordinación entre actores públicos y privados, entre comunas, entre grupos sociales, entre individuos.

Este nuevo tipo de regulación evidentemente no puede hacer economía ni de conflictos ni de arbitrajes. Refleja inevitablemente, más o menos, los grupos de interés, las relaciones de fuerza, las opciones político-ideológicas. Pero no puede pretender poner en marcha estas regulaciones de manera efectiva, incluso de manera perdurable, más que sobre la base de este tipo de compromiso.

8. Del gobierno de las ciudades a la gobernabilidad urbana

El urbanismo moderno necesitaba un gobierno firme de las ciudades, decidido y que disponga de poderes fuertes para ser capaz no sólo de imponer o hacer respetar las reglas, sino también de animar el cambio, de poner en marcha los nuevos tipos de proyectos, de forzar las evoluciones. Esta autoridad se apoyaba también sobre relevos locales de todo tipo, la escuela, la iglesia, el comercio local. Este tipo de gobierno de las ciudades se ha presentado de modo diferente según los países, que han confiado más o menos de poder a las autoridades locales y regionales.

El metaurbanismo se enfrenta a grupos sociales diversificados, a individuos de múltiples adhesiones, a territorios sociales y espacialmente heterogéneos, a una vida asociativa que se fragiliza, al debilitamiento de los mediadores que eran los maestros, los curas, los comerciantes del barrio, los conserjes, etc. Además se debe apoyar en las lógicas técnico-económicas que difieren profundamente de la cultura y de la acción pública.

En tal contexto, el metaurbanismo necesita de nuevas formas de concepción, de construcción y de puesta en marcha de las decisiones públicas, capaces de asociar, de consultar, de movilizar a los habitantes, los usuarios, los actores, los expertos cada vez más variados, de modo reforzado y renovado, la toma de decisiones de arriba a abajo. Este es el sentido que toma hoy la noción de gobernabilidad urbana, que se puede definir como una manera de construir y de poner en marcha las decisiones públicas a partir de una multiplicidad de dispositivos de consulta, de participación, de asociación, incluso de delegación.

9. De las ideologías urbanísticas a los referenciales y a los estilos múltiples

El urbanismo moderno se dirige a concebir una ciudad en su totalidad. Sus diversas variantes han otorgado ciertos lugares diferentes al patrimonio, a los sitios históricos, al paisaje; pero todos han intentado dar una respuesta a cada problema, a cada función.

El metaurbanismo evidentemente no hace tabla rasa del urbanismo moderno y a sus “soluciones”. No desprecia las reacciones hostiles suscitadas por este urbanismo culturalista o posmodernista. Pero va más allá.

En efecto, asociando la racionalidad de la modernidad a la exigencia de variedad reafirmada por la posmodernidad, responde de modo complejo a una ciudad y a vidas cada vez más complejas. El metaurbanismo contribuye así a crear ciudades diversificadas, a abrir las elecciones, a hacer posibles los cambios. Esta apertura se expresa igualmente en términos de estética arquitectónica y urbana; da un valor nuevo a la cuestión de los estilos, emancipándolos de los cercos ideológicos y de modelos cerrados en los cuales, hasta este momento, estaban encerrados. El metaurbanismo tiende así a emanciparse de los partidos urbanísticos y de los partidos arquitectónicos. Lo que deberá contribuir a sensibles evoluciones profesionales en los próximos años y no dejará de tener impactos significativos sobre la formación.

En conclusión, para resumir y calificar el metaurbanismo que se esboza hoy, podemos decir qué es:

- **un urbanismo de dispositivos:** se trata menos de hacer planos que de dar lugar a los dispositivos que los elaboran, los discuten, los negocian.
- **un urbanismo reflexivo:** el análisis no se hace antes de la regla y el proyecto, pero está presente permanentemente. El conocimiento y la información son movilizados antes, durante y después de la acción. Recíprocamente, el proyecto deviene plenamente un instrumento del conocimiento y de interpretación.
- **un urbanismo concurrente:** la concepción y la realización de los proyectos resultan de la intervención de una multiplicidad de actores de lógicas diferentes y de la combinación de sus lógicas.
- **un urbanismo variado:** hecho de elementos híbridos, de soluciones múltiples, de redundancias, de diferencias.
- **un urbanismo estilísticamente abierto:** que, independientemente del diseño urbano de ideologías urbanísticas y político-culturales, abre un nuevo espacio a las elecciones formales y estéticas.

Los índices textuales y fácticos de emergencia de este metaurbanismo son numerosos, un poco repartido por todo el mundo. El más reciente de estos índices en Francia es probablemente el debate actual sobre el proyecto de ley “Solidaridad y renovación urbana”. En efecto, la proposición de reemplazar los esquemas directivos y los planos de ocupación de suelos, por esquemas evolutivos de coherencia territorial, y por planos de un urbanismo liberado de cercos de la lista de disposiciones obligatorias del POS (plan de ocupación de suelos), ilustra bien la evolución hacia este metaurbanismo. En todo caso, esta es la lectura que nosotros queremos hacer. Esta es la esperanza que tenemos.

Texto correspondiente a la 104ª conferencia de la Universidad de todos los saberes realizada el 13 de abril de 2000. Este texto fue publicado de forma resumida en *Qu'est-ce que le social*, Éditions Odile Jacob, diciembre de 2000. Traducción al castellano por Andrea Arouxet y Matilde Fernández.

